

# HOJAS DE PAPALAGUINDA

**L**EYENDO a Maquiavelo, no dejará de encontrarse un epígrafe que venga a decir, aproximadamente: "Si el alejamiento o la cercanía del príncipe es más conveniente para el buen orden de la república."

Más de una vez me ha entretenido la meditación sobre si a quien ejerce autoridad, cualquier clase de autoridad, le favorece o no una cierta distancia, una zona de oscuridad o por lo menos de penumbra; de misterio, en una palabra.

El tema —la duda— vale para variadas parcelas de la vida: El director de una empresa respecto a sus dirigidos (sobre lo que no dejará de haber estudios amplios, norteamericanos...) El escritor, en relación con sus lectores —que Hemingway tenía resuelto: "La única relación admisible entre el autor y el lector es el libro"—, El médico respecto a sus enfermos: quienes creen en la virtud terapéutica de una cierta inaccesibilidad, un no dar demasiadas explicaciones.

Y en fin, y sobre todo, el gobernante con sus gobernados. Aquí cabe elegir la familiaridad, la franqueza, el ser y presentarse como ciudadano entre los demás ciudadanos. O, al contrario, tirar por la calle despejada y solemne de la personalidad carismática. Lo primero puede ser grato personalmente, pero peligroso, porque algunos no entienden y, a lo peor, se toman el brazo donde sólo les ofrecen la mano. La segunda opción, que conoció uso y aun abuso en calendas nada remotas, parece inviable en los tiempos que vivimos. O por lo menos, ridícula. Entonces, lo que queda y lo que manda es la prudencia, el buen saber en el "principatu civili" —por regresar al teórico florentino—, o dicho a ras de refranero de casa: que en el término medio está la virtud.

¿Y dejaría de hallarse esta virtud en un gallego, que ya es estar diciendo un político?

El gobernador Ameijide fue, lo sigue siendo, el gobernador más vecino —"cercano, próximo o inmediato en cualquier línea", reza la Real Academia— de que yo tenga memoria en nuestra leonesa provincia. Os lo encontraréis paseando por Papataguinda. O en un restaurante popular. O mirando los escaparates. Y ya desde el día mismo de su llegada, en ese pequeño y entrañable ámbito de un rato de tertulia en el café: con un médico de huesos, un funcionario de Hacienda, un catedrático de Instituto, un comerciante, un gestor administrativo...

Esto es cierto. Pero hay más, y por ello conviene no equivocarse. Porque luego, completando la moneda por la otra cara, crece un rosario de actitudes —un día serán anécdotas— sobre el rigor con que se mantiene en la plaza de Calvo Sotelo lo sustantivo: el fuero y las prerrogativas y los honores que no se pueden renunciar, pues aun queriendo perdonarlos la persona, no lo sentiría la función.

En estos días es el santo de los Luises, y hay leoneses que podrán poner, con sencillez: "Que los tengas muy felices, Luis." Seguramente los mismos que con mayor diligencia, cuando es el caso, "Excelentísimo señor don Luis Ameijide Aguiar, gobernador civil de la provincia". Cuya vida guarde Dios muchos años, etcétera, etcétera.

(Dicho sea este capitulillo con la soberana independencia de quien no aspira a la Diputación. Ni al Ayuntamiento. Ni siquiera a encomienda o medalla que llevarse a las bodas.)

**D**IFÍCIL problema el de las influencias de un escritor sobre otro escritor. Y no digamos la discriminación entre lo que es imitación y lo que llega a pecado de plagio. Luego a veces, acontece que todo es pura, inocente coincidencia...

Un día de esta semana me he puesto a hojear los periódicos recién llegados de Madrid y Barcelona. En "La Vanguardia" me atrae un chiste gráfico de Perich, que intentaré contar: Un papá y

Por Antonio PEREIRA

una mamá, vitola media española, contemplan arrobados a su tierno infante, pequeño varón que sobre sus ojos ostenta espesuras ciliares. Y el patrón dice a su costilla: "Este niño, María, nos va para político. Tiene las cejas de Breznev, Pompidou, el alcalde de Barcelona..."

Apenas he dejado el periódico catalán, encuentro en la codiciada tercera página del "ABC": "Ahora se ha descubierto el más sutil valor gubernativo de las cejas. Vea el lector, con detenimiento, las cejas de Pompidou, con apariencia de marquesina o las de Breznev, con figura de dosel... Pero nuestro almirante les puede."

Como uno y otro periódico salieron a la calle en la mañana del miércoles 20 de junio, parece evidente que el articulista de Madrid no podía saber del dibujante de Barcelona. Ni al revés. Es, pues, una curiosa simultaneidad sobre la que aún cabe cierta tentadora reflexión: El humorista, si quiso decir lo mismo que el gaditano ilustre, lo dejó a medias, cauto, en unos puntos suspensivos. Don José María, como siempre, lo saca todo. Pamán, es Pamán.

**G**ILBERTO Ursinos decidió dejarnos en la fecha del 1 de junio de 1972. Pero en mi recuerdo, en mi corazón, el aniversario del joven poeta villafranquino será ya siempre cambiante, como lo son en el calendario las llamas y las fiestas movibles. Esto ocurre así porque la grave, irreversible medida de Gilberto fue tomada, o al menos concluida, en la mañana de un día de Corpus. Con lo que le vamos a recordar siempre que amanezca ese jueves del año que se anuncia con la prepotencia olorosa de las rosas y el voltear de las campanas en la colegiata mayor del Bierzo.

Por culpa de Ursinos —pero no, ¡no por su culpa!— las flores blancas y sacramentales tienen ahora unas salpicaduras rojas. Lástima de poeta, tan errabundo y atormentado en vida, tan afilado y atroz en su acto definitivo. Y aún habrá quien diga que no murió de muerte natural.

**M**IGUEL Alonso Calvo, nombre civil de Ramón de Garciasol, nació en Guadalajara (España), el 29 de septiembre de 1913. Es lo que dice —y dice bien— la solapa o contracubierta de uno de esos libros de la colección donde publicar es ya un premio para el autor: la colección "Austral". Y sin demérito de la nacencia alcarreña, y del tenaz afinamiento madrileño, con mi cuenta y razón traigo yo al escritor por las veredas de lo leonés. Garciasol vino un año a Villafranca, en nuestra fiesta de la poesía, con su voz de poeta que encontraba insólitas resonancias en los negrillos de la Alameda. Luego, su libro "Poemas testamentarios" iba a salir bajo el signo de nuestra "Provincia". Ahora, en fin, "Correo para la muerte" nos dedica un amplio capítulo, porque honrando al poeta González Alegre se cumple homenaje a lo más nuestro.

De "Correo para la muerte", apenas llegado a las librerías, empiezan a captarse ecos. (Lorenzo López Sancho, en su estilizado Planetario del "ABC", lo comentaba en un día de estas últimas semanas; y como si le hubiera quedado el remusgo de lo incompleto, reincidía en la fecha siguiente.) Ahora y aquí, nos cumplía no más que acusar recibo, alegrarnos, agradecer. Villafranca y León resuenan por esto en Amsterdam o en Roma, como en el kiosco de ferrocarriles de cualquier estación de nuestra meseta (de Venta de Baños doy fe). Y no es malo que por el mundo hable de nosotros quien sabe hablar.